



## MUJERES RESPLANDECIENTES

En tiempos de Budhha, hace más de 2.500 años, el patriarcado ya campaba a sus anchas en la India, tratando a las mujeres casi como a objetos o animales y relegándolas a las tareas domésticas y al cuidado de los niños y ancianos, negando el acceso a la mujer al mundo social, político, económico, religioso o espiritual. Sin embargo, el Buddha Shakyamuni irrumpió tras su Gran Despertar con un discurso revolucionario. Según su enseñanza, todos los seres humanos eran esencialmente iguales, el sistema de castas no tenía fundamento y, por supuesto, las mujeres compartían la misma naturaleza esencial que los hombres, por lo que podían alcanzar igualmente la misma iluminación.

Lo cierto es que muchas mujeres escuchaban las palabras del Buddha y sus corazones resplandecían con tal fuerza que, a pesar de las grandes resistencias y las muchas críticas, se rapaban la cabeza y se revelaban contra el sistema machista-patriarcal abandonándolo todo (particularmente sus maridos y la esclavitud doméstica) y se sumaban al Buddha o se adentraban en el bosque o la montaña para meditar.

Según están demostrando últimamente los académicos budistas más reconocidos, tras la muerte del Buddha, sus propios seguidores modificaron algunas de sus enseñanzas y decidieron que algunos mensajes estaban fuera de lugar. De esta manera, las mujeres practicantes, monjas y maestras, siendo muchas de ellas personas iluminadas y despiertas, fueron completamente ignoradas. Por ello, los textos que estas mujeres resplandecientes escribieron han permanecido en la sombra durante siglos. Afortunadamente, ahora estos poemas se van rescatando y traduciendo y pueden recibir la honra que se merecen. En un día como hoy, 8 de Marzo (Día de la Mujer), seleccionamos algunos de ellos, escritos por diferentes mujeres de aquel momento, poemas que nos inspiran profundamente y que, además, tienen un delicioso aroma feminista:

Después de quince días,  
 llena de sí la luna resplandece.  
 Haz lo mismo y sé sabia poco a poco.  
 Y con tu propia luz ábrete paso  
 por la densa ignorancia de la noche.



¡Estoy libre, estoy libre  
 de tres cosas torcidas:  
 el mortero y su mano  
 y un marido de espalda jorobada!  
 ¡Estoy libre, estoy libre  
 del nacimiento y de la muerte  
 y de las ataduras del pasado!



Mi familia era rica  
en tierras y en dinero  
y mi padre, Majiha,  
se enorgullecía de mi gran belleza  
incomparable, de mi piel dorada.  
Los hijos de los príncipes querían  
desposarse conmigo.  
También los hijos de los comerciantes  
ricos como nosotros.  
Uno incluso llegó  
a ofrecer ocho veces  
mi peso en oro y plata  
a cambio de mi mano.  
Pero fui afortunada al conocer  
al Buddha El Compasivo,  
al Señor de este mundo insuperable.  
Postrándome a sus pies,  
me senté junto al sabio, y sus palabras  
pusieron ante mí la doctrina correcta.  
Me afeité la cabeza  
y renuncié a mis días de molicie,  
y todos mis deseos se extinguieron  
después de siete noches,  
y no tengo ataduras.  
Y qué serenidad.



¡Libre, soy libre!  
Libre de la cocina y del mortero,  
del trabajo pesado de una casa,  
de los cacharros sucios.  
Libre de mi marido insoportable.  
Libre también de la sombrilla bajo  
la que trenzaba cestas de bambú.  
Recordarla me da escalofríos.  
Apenas un susurro y me abandonan  
la lujuria y el odio.  
Y me siento a los pies  
de algún árbol frondoso  
y empiezo a meditar  
en la felicidad que me hace libre.



¿Qué pasa con vosotros  
hombres de Rajagaha?  
Os sentáis a beber hasta embriagaros  
y a hablar de naderías  
mientras yo pronuncio  
un sermón inspirado.  
Las sabias, sin embargo,  
se beben sus palabras vigorosas.  
Igual que los viajeros  
beben agua de lluvia  
caída de la nube más oscura.  
La libre de deseos  
ha vencido a la muerte para siempre.  
Y cuida bien su cuerpo luminoso,  
pues sabe que es el último.

